

DINAMICA DE LA AGRICULTURA Y EL RETORNO A LA TIERRA EN LA VENEZUELA DE HOY

Isbelia Sequera de Segnini

En la evolución de las sociedades, en todos los tiempos, ha sido muy relevante el papel que ha jugado la agricultura. El estudio de esta actividad permite explicar en buena parte el comportamiento del hombre como grupo humano, y profundizar en el estado simbiótico en que se ha desarrollado la relación hombre-medio. Desde el paso del nomadismo al sedentarismo y del inicio del proceso de domesticación de las plantas, el hombre registra dentro de sí que puede garantizar su existencia y darle valores más permanentes en la misma medida en que pone la tierra a su disposición. Mas, por su parte, la naturaleza se encargará de enseñarle al hombre que también éste depende de ella, del clima, del relieve, de la calidad de los suelos, de la presencia de las aguas. Y como cada día, en todas las partes del globo se incorporan más hombres a esta relación que a partir del año cero cuenta ya con un recorrido de cerca de dos mil años pero que existe desde que el hombre inició aquel

proceso, esta actividad económica denominada agricultura no sólo mantiene su vigencia, sino que ocupa la mayor proporción de las tierras emergidas, ocupa también la mayor proporción de la población trabajadora, e insume una gran parte del capital dedicado a producir bienes.

En este proceso es vital la presencia de la tierra como naturaleza, a través de sus diferentes manifestaciones y el cómo éstas afectan a la actividad agrícola, porque aquella constituye su propio asiento. La temperatura, la humedad, la precipitación pluvial, la radiación solar y las interrelaciones entre todos estos elementos y su acción en los suelos, son decisivos en la selección y logro de los diferentes cultivos. Es cierto, y bien lo sabemos, que en la medida que la agricultura se tecnifica se debilita tal dependencia. En el presente se ha llegado, incluso, y lo digo a título de ejemplo, a reemplazar la tierra por el capital en los cultivos hidropónicos, aun cuando su proporción en la producción total de cosechas es insignificante. Pero la verdad es que la expresión en el paisaje de la relación señalada al comienzo es reveladora no sólo del fenómeno de interacción, sino también de los grados culturales donde la carga del pasado está presente y donde toda esa herencia constituye para el agricultor una de sus mayores riquezas. Por supuesto no sucede igual en los agricultores de los países desarrollados quienes ya no tienen que hacer rogativas a las nubes para poder sembrar.

En cuanto a la tierra como sujeto económico, a pesar que en la actualidad ha perdido en su posición relativa al considerársela como un factor más dentro del proceso productivo, es innegable que dadas las nuevas magnitudes en la variable población y en los requerimientos de alimentos su posición como tal sujeto económico, medido a través de la renta y el valor, tiende a repuntar. De ahí que tenga una gran significación las formas de tenencia de la misma.

La unidad de explotación, como la forma más conspícua de tenencia de la tierra en la cual se realiza la actividad agrícola, es definitoria de una serie de realidades vinculadas con los tipos de empresas agrícolas que la integran, con las ventajas y desventajas que representan tanto la especialización como la diversificación en esta actividad, y que contribuyen a definir la magnitud de aquella. Pero no debe perderse de vista que la superficie, a pesar de ser el indicador de uso más generalizado, no refleja por sí solo todo lo que se gesta en una unidad de explotación. De ahí que debemos examinar a ésta en conjunto con el medio ambiente, con el valor de las cosechas, con el valor comercial de las tierras y de los equipos, con la gestión administrativa y, por sobre todo, en las formas como repercute el desarrollo de esta actividad y sus logros en el hombre que la practica.

De las razones señaladas puede derivarse que la agricultura como actividad económica obedece a determinados patrones teóricos, pero como hecho geográfico está, además, marcadamente influida por las condiciones ambientales, aun cuando, como se ha dicho, la aplicación de la técnica atempera esta situación. Debido a ello para penetrar la problemática agrícola es fundamental el conocimiento del mercado de los factores de la producción: tierra, capital, trabajo, administración y Estado, a través del estudio del comportamiento de cada uno de ellos en particular y en forma interrelacionada. Análisis que forzosamente tiene que hacerse dentro del contexto histórico de la dinámica social en el cual el juego de los intereses de las clases dominantes son decisivos para la relación de cada uno de esos factores en la definición y aplicación de las políticas agrarias. Desde luego que estos estudios, además de realizarse desde un ángulo teórico y lógico, deben ser puestos en términos de situaciones reales, empíricamente verificables.

Desde el otro aspecto de la agricultura, desde su carácter geográfico, hay que tratar de prever las variadas situaciones que dependen en alto grado de la condición de la tierra como naturaleza. Es igualmente fundamental analizar la participación del hombre como agente que utiliza el suelo en función de producir cosechas y que, simultáneamente, actúa como agente modificador o creador de paisajes. Ambito para el análisis que se amplía y complica más por cuanto hay que agregar el estudio del comportamiento del hombre actuante en el paisaje rural, en condición de consumidor y como demandante de insumos para realizar la actividad agrícola.

Desde esta perspectiva consideramos muy importante la investigación sobre el hombre en el espacio rural, actuando a través de una organización que tiene características propias y variadas expresiones, manifestadas a través de múltiples combinaciones que se establecen entre el hombre agricultor y la tierra, que pueden ser objeto de medición mediante el uso de técnicas apropiadas y las cuales tienen su expresión geográfica en el paisaje agrario.

La situación señalada, como se sabe, se presenta en todos los países desarrollados, independiente de que sean capitalistas o socialistas, así como en los no desarrollados. Pero, mientras en los primeros la participación de la técnica es determinante en la realización de la operación agrícola, en los segundos es evidente la acentuada dependencia de la naturaleza, a excepción de los casos donde la presencia de las transnacionales en dichos países no desarrollados ocupan el proceso productivo agrícola incorporando la técnica. Mas sólo desde este ángulo puede verse como positivo, pues en general se trata de una forma más de explotación de los países de periferia.

Cuando en los países no desarrollados se dice, por ejemplo, se recogieron buenas cosechas porque las condiciones climatológicas fueron favorables, o se dice que las malas cosechas fueron consecuencia del mal tiempo, son éstas afirmaciones, mucho más graves de lo que se supone. Indican, nada más ni nada menos, que la agricultura en esos países sigue dependiendo en forma marcada del comportamiento del clima, particularmente de las lluvias; que el péndulo lluvia-sequía, sequía-lluvia, es el que dirige la actividad agrícola y el que determina que se obtengan o no buenas cosechas.

En los países desarrollados la mayor parte de los agricultores ya dejaron de mirar el cielo. Cuentan con eficientes sistemas de riego. El pronóstico del tiempo, por otra parte, les es transmitido a diario y con previsiones futuras, de modo que saben exactamente cuando deben sembrar, cuando fumigar, cuando fertilizar y cuando cosechar. Las lluvias se utilizan entonces como riego complementario, pero nunca como el principal que es distribuido a través de los canales correspondientes. Empresas de servicios se encargan de fumigar desde el aire, lanzar al surco la semilla o el abono en la fecha precisa que corresponde; o preparan la tierra con poderosas máquinas; o recogen la leche en camiones cisternas o la carne en amplias cavas. Un gran ganadero, por ejemplo, sólo necesita un número mínimo de empleados para poner las pezoneras y recoger la leche. Es la agricultura en su máxima expresión de tecnificación y de consecución de elevados niveles de productividad. Desde luego que junto a éstas se desarrollan otras unidades de explotación de magnitudes considerablemente menores, pero también muy eficientes y donde la familia agricultora obtiene ingresos suficientes para tener una vida confortable. En otras importantes áreas del planeta, en los países socialistas, el proceso agrícola, como se sabe, atiende a rígidos planes previamen-

te elaborados, bajo el control del Estado que es dueño de los medios de producción, siendo el agricultor engranaje fundamental dentro del sistema y en el cual su participación y sus niveles de vida se corresponden con una concepción de ésta distinta a la que tienen los agricultores de las áreas capitalistas.

Además de la señalada agricultura altamente tecnificada de los países de economías desarrolladas dentro del sistema capitalista, y de la agricultura también tecnificada concebida como parte de la planificación estatal en los países socialistas, aparece en los países no desarrollados de la órbita capitalista, particularmente en los latinoamericanos, una variedad de formas de realizar la actividad agrícola, entre las que se destacan con signo negativo continuo en el tiempo y por sus efectos nefastos muy definidos al latifundio y el minifundio. También aparecen, a raíz del proceso de industrialización iniciado en dichos países, nuevas formas de explotación ajustadas a los requerimientos de este proceso.

En las políticas agrarias llevadas a cabo en los países latinoamericanos para luchar en contra de las destructivas formas de tenencia y explotación de la tierra, cabe destacar la Reforma Agraria, contra la cual han irrumpido con las más variadas expresiones la mayoría de los sectores que conforman dichas comunidades. Lo hacen éstos a través de los intereses creados de las clases latifundistas, de la burocratización de los programas, de la politización orientada a su utilización con fines proselitistas, de la complicidad callada de la clase media, de la indecisión de la burguesía industrial, todo ello en un marco rural que además es poco propicio a la realización de las reformas agrarias por la dispersión de sus núcleos humanos. De ahí que los efectos de tales políticas han sido mediatizados en la mayoría de los casos, quedando así en el vacío la intención del legislador.

Sin embargo, en estos países, muchos ensayos se han hecho y se continúan haciendo en la búsqueda de una magnitud óptima de la unidad de explotación, de rendimiento positivo desde los ángulos social y económico, tomando en cuenta, entre otros elementos, el uso del espacio, las reacciones en la producción frente a las variaciones en la demanda, los factores que posibilitan la realización de la actividad y los cambios que requiere, los efectos sobre la familia campesina y su respuesta como entes de una sociedad. Mas, en términos generales, estos estudios no llegan a la esencia misma del problema, siendo por el contrario ejemplos conspícuos las formas y estrategias como se han incumplido las políticas de reforma agraria en dichos países.

En el caso venezolano, por ejemplo, se registran las características de una agricultura dependiente, y dentro de ella se observa que la variable espacial, particularmente en el desarrollo agrícola no sólo ha sido mimetizada, sino que también ha sido desdeñada a favor de las otras variables; pues las tierras agrícolas si bien en su mayoría no son óptimas, pueden soportar una agricultura capaz de satisfacer las necesidades del mercado interno y de colocar excedentes en mercados foráneos. Sin embargo, el agro venezolano se encuentra en una situación de minusvalía frente a los demás sectores a pesar de su condición de generador de alimentos, de productor de materia prima para la industria y de fuente de ocupación de un sector importante de la población. Por cuanto, y como se ha dicho, razones de tipo estructural obstaculizan la fluidez en la relación naturaleza-agricultura. Razones estructurales que descansan fundamentalmente en la deformación hipertrofiada que la explotación del petróleo ha ocasionado en la economía nacional, con la subsiguiente distorsión de las otras fuentes de producción, la agricultura básicamente, y el encadenamiento definitivo del fisco a la renta minera. Y cuando se observan los cambios que se producen en el mercado mundial de alimentos en re-

lación con la variable población y se registran los requerimientos crecientes de aquellos, a tal punto que la competencia por su adquisición puede llegar a obstaculizar -y quizás impedir- la obtención de los mismos por parte de algunos países deficitarios, aun en condiciones de solvencia económica, se infiere que el problema del abastecimiento alimentario puede tornarse verdaderamente crítico. Venezuela puede convertirse en ejemplo de esta situación. El inadecuado uso del cuantioso circulante, unido todo a la desmedida alza del costo de la vida, han creado una serie de problemas económicos y sociales que, entre otros, inciden directamente en el sector de la agricultura deficitaria, y reclaman la urgencia del retorno a la tierra.

A este respecto cabe señalar que en el país se ha conformado también a lo largo de las últimas décadas un mercado de productos alimenticios que funciona en forma desarticulada e incoherente, lo cual es reflejo, en buena parte, de la evolución inadecuada del sector agrícola y de una situación crítica tanto en éste como en la industria de alimentos. Por su significación social y el peligroso grado de dependencia que se ha creado con el exterior es evidente que resulta imprescindible tomar medidas para cambiar el signo del comercio de este tipo de bienes. Comercio que debe considerar, además, las necesidades de los consumidores nacionales en cuanto a calidad y cantidad, y la relación entre la producción y las variaciones en los ingresos y los precios.

De ahí que para definir una adecuada política agrícola sea necesario comprender a fondo la dinámica del sector agrícola a través del funcionamiento de los distintos subsectores que lo integran; comprender los cambios que se registran en el paisaje; estudiar los movimientos del Producto Agrícola y de su composición; estudiar la tenencia de la tierra y su significación dentro de la realidad ru-

ral; investigar el funcionamiento del mercado de capital y de las políticas de financiamiento; el papel que juega la productividad en el desarrollo de la agricultura; y cómo afectan al sector los grandes problemas relacionados con la educación, sanidad, contaminación, entre otros.

Mención especial merece el problema de la Reforma Agraria, pues tal como ha sido conducida no ha permitido lograr la verdadera incorporación del campesino como ente digno y activo a la sociedad, lo que llama a la reflexión sobre la necesidad de replantear la concepción original de la misma, sobre la base de una nueva orientación que elimine no sólo al latifundio sino también al minifundio como formas de producción.

Bajo esta última óptica la Reforma Agraria tendría que contemplar la reubicación de la población campesina, concentrándola en grandes unidades de explotación que, bajo un funcionamiento cooperativista, o similar, realice una explotación adecuada de la tierra que pertenece a todos y cada uno de los agricultores. Es también la forma de obtener mayores beneficios en una agricultura tropical, pues de este modo se pueden aplicar técnicas modernas, la mecanización, por ejemplo, requiere de significativas extensiones para poder realizarse. El campesino, por su parte, pasaría a convertirse en sujeto con capacidad de pagar los créditos que recibe, por cuanto no tiene que responder él solo como individuo sino que se trata de una organización económica. Igual consideración puede hacerse con respecto a las posibilidades de mercadear la producción.

Además, en la medida en que la población campesina esté concentrada, puede el Estado prestarle en mejor forma los servicios. Hasta esos centros de producción podría llevarles sin mayores costos la electricidad, el agua, las cloa-

cas, la vivienda, la escuela, la cultura en general, la asistencia médico-asistencial y otros.

En síntesis, la propia dinámica de las cosas impulsa a buscar solución a la situación agraria. Venezuela, inmersa en el acontecer mundial, forzosamente tendrá que resolver su problema agrario, sobre el que presiona una serie de realidades. La alta tasa de crecimiento demográfico del país, la necesidad de aumentar la producción de alimentos para el mercado interno y para una participación más activa en el mercado internacional; la necesidad de diversificar las fuentes económicas; los requerimientos de elevación del nivel de vida del sector campesino y la urgencia de ampliar el mercado nacional para lo cual se plantea la incorporación de las masas campesinas como demandantes de productos industriales; y, en fin, porque es imposible lograr el desarrollo de un país permaneciendo marginado cualquiera de sus estamentos socio-económicos, tanto más si, como en este caso, se trata del agrícola de especial significación en la vida de la nación.

Por otra parte, esta realidad del sector agrícola está inmersa en el contexto nacional y mundial, en el cual la presencia de otros elementos y de otras realidades conforman un cuadro del cual es imposible abstraerse y que está signado por el petróleo.

El petróleo. Ese sedimento oscuro que en sus entrañas lleva nuestra tierra, que tanto nos ha enriquecido, que tantas posibilidades ha abierto al país, ha contribuido, además, y como contrapartida, a que olvidemos quienes somos y de dónde venimos. Hecho éste que nubla, también, una cuasi interrogante: ¿hacia dónde vamos?, ¿cuál es nuestro destino futuro?. El oro proveniente del petróleo, oro maldito como se le denominaría si viviésemos en la época de la alquimia medieval, ha sido el más poderoso

estímulo para que el venezolano desdibuje su verdadero perfil histórico. El hoy, el hoy creado por el petrodólar, junto a esa riqueza que antes señaló, ha actuado de manera negativa sobre nuestra memoria histórica y cultural. A manera de estupefaciente, nos sumerge sólo en el presente, sin permitir volvernos hacia el pasado, impidiéndonos hincar las raíces en lo que fuimos para poder nutrirnos así de la savia necesaria que nos impulse hacia el mañana.

Pero el latigazo de la situación actual, originado por el descenso en los precios del petróleo, nos obliga a encerrarnos en nosotros mismos y a meditar sobre nuestro destino. Al comenzar a desintegrarse las doradas cortinas del petrodólar dentro de las cuales se nos ha pretendido aislar de nuestro pasado y de nuestro futuro, el hombre de Venezuela se ha visto obligado a volver los ojos hacia la dura realidad presente. La que impone pensar en la tierra. En aquella tierra que hasta ayer, en un cercano ayer que es casi hoy, estaba en manos de un terratenientismo semi feudal. En esa tierra que ahora ha comenzado a cambiar bajo el impacto de la técnica, de la maquinaria, del arado profundo y del tractor que lo arrastra en su acción rotadora. Piensa en esa tierra como refugio cierto frente a los problemas que crea la reducción de la renta petrolera. En esa tierra que habría comenzado a abandonar. E inicia ahora un viraje orientado a encontrarse con ella, que es encontrarse con la naturaleza, madre de todos los hombres. Y piensa también que ese encuentro con la tierra que hasta ayer le dió vida, lo obliga a amar los ríos, a domesticarlos, para que éstos lejos de inundarla la rieguen y la fecunden, para que enriquezcan las cosechas y no las arrasen, para que su acción sea siempre benéfica y no deformante.

Tierra y agua. En esos elementos primarios descansa en buena parte el futuro de Venezuela y de los seres que la poblamos. No porque olvidemos las otras fuentes

de riqueza que, como el petróleo, nos han proporcionado bienestar fiscal. No para que dejemos a un lado nuestra condición de país minero en cuyas entrañas, junto al oro negro, se encuentran ricas fuentes de minerales: hierro, bauxita, oro, níquel y tantos otros. Ni tampoco para olvidar que esa domesticación de nuestros ríos encierra una enorme y aún no totalmente aprovechada riqueza como lo es la energía hidroeléctrica, poderosa fuente motora que mañana, aún frente a la viva presencia del petróleo, puede poner en marcha el potencial productor de nuestro país.

No. Con esas fuentes de riqueza debemos contar. En ellas descansa buena parte de nuestro futuro bienestar. Pero es en el encuentro con la tierra donde debe apoyarse el esfuerzo que nos permitirá proyectarnos hacia un futuro independiente, en el cual una crisis fiscal como la presente no pueda detener nuestro impulso. Encuentro que produzca riqueza mediante el esfuerzo creador del ser humano. Encuentro con esa tierra fecunda que nos ha dado el café y el mejor cacao del mundo, con esa tierra casi virgen que debemos poner a nuestro servicio y que mediante el esfuerzo tesonero permitirá asegurarnos una vida digna.

Este llamado hacia la tierra es, además de profesional, vital. Porque le permitirá al hombre de Venezuela apreciar que la verdadera vida, la que arranca del pasado para proyectarnos hacia el futuro se la proporciona, más que la riqueza fácil, más que esa riqueza que nos llueve bruscamente como nos ha llovido el petrodólar, la acción continua y permanente de quien sabe que con su esfuerzo diario está construyendo su propia vida. Que es construir una nación.

Ha sonado la hora para que el país entero abandone su costumbre presentista de vivir sólo de los dones que fácilmente proporciona el subsuelo, y se disponga a hundirse en la tierra, a sembrarla con su sudor y su esfuerzo.